

## Los factores psíquicos

### Ensayo sobre las reacciones psíquicas del hipertenso

JACQUES LACAN\*

<sup>171</sup>Casi no es costumbre de este Congreso –y creo que nunca se lo hizo– abordar el lenguaje de otras disciplinas. Hoy es el turno, como complemento previsto de nuestro informe, de la lengua psiquiátrica.

Gracias a la amable ayuda de Jacques Lacan, quien desde hace mucho tiempo es el soporte de mis preocupaciones y me presta un auxilio precioso en el dominio del conocimiento del hombre, me permitiré dar un paso –que será de razón y no de técnica– en el desciframiento del problema de la hipertensión arterial (H.A.). He aquí el pensamiento de Lacan.

“Es un hecho absolutamente significativo que, entre quienes se han ocupado con alguna atención de la patogenia de la H.A., sean particularmente los investigadores de laboratorio quienes concluyen, casi sin excepción, la presunción de una causa psíquica como su resorte último.

En realidad, dicho resorte quedó implícito para las investigaciones desde las primeras experiencias, a saber, las de Cannon, cuyos resultados brindaron el punto de partida y hasta delinearon la forma general de todas las que producen nuestras ideas sobre el tema en la actualidad. En efecto, a partir del estudio de las emociones agresivas y en especial del enojo, Cannon demostró los efectos vasculares que la adrenalina tiene en todo un mecanismo humoral y neurológico, a cuyos efectos estímulo-motores hasta quiso atribuir una finalidad de defensa general –a decir verdad, aproximativa–.<sup>1</sup>

---

\* Durante el Congreso Francés de Cirugía sobre “El tratamiento quirúrgico de la hipertensión arterial” celebrado del 4 al 9 de octubre de 1948, Sylvain Blondin, de París, y A. Weiss, de Estrasburgo, presentaron un informe con la colaboración de Claude Rouvillois y Jacques Lacan, de París. El mismo fue publicado en las Actas del Congreso, correspondiendo a la sección de Lacan la cuarta del trabajo (pp. 171-176), que aquí se ofrece. Los primeros dos párrafos, escritos en letra más pequeña, claramente no son de la autoría de Lacan. La paginación corresponde a esta última edición. Traducción al castellano de Agustín Kripper.

Dicha elucidación de la hipertensión transitoria se parecía demasiado a la imagen tradicional y hasta vulgar del temperamento colérico para que el acceso emocional –entre otros excesos habituales– no fuese confirmado como un factor de *la forma roja de la H.A.*, a saber, la forma más funcional, cuya influencia en la mortalidad súbita y, puede decirse, imprevisible, es conocida por todos.

Mucho más sorprendente es constatar que los autores de los que hablamos introduzcan su apelación a lo psíquico en el caso de *la forma blanca, eminentemente maligna [de la H. A.]*, y de la lesión misma, específica, que pusieron de relieve en el margen cortico-medular del riñón.

Citemos, entre otros, a Trueta, cuando dice: ‘estimamos que estos factores etiológicos de base quizá se encuentran en el sistema nervioso central, sin duda en *el propio espíritu del hombre...*’.<sup>ii</sup>

El sentido del término ‘psíquico’ en plumas aparentemente inspiradas es el que existe para cualquier reflexión correcta: designa el orden de relaciones que un sujeto tiene con su medio, no por cuanto –por más niveles que le supongamos como andamiaje de reflejos o metabolismo de sustancias– el organismo sólo expresaría a fin de cuentas cierta forma de equivalencia con las líneas de fuerza de este medio, sino por cuanto, al funcionar como una totalidad, el animal construye este medio, *Umwelt* [mundo circundante], a la medida de su <sup>172</sup>desarrollo orgánico –en suma, por cuanto siempre es una subjetividad, que se manifiesta, como mínimo, en una tensión correlativa de un instinto, y que, en un grado más elevado de dehiscencia de un *Umwelt* definido, se expresa, como en el hombre, en una intención que piensa un objeto–.

No hace falta ningún aparato especialmente nervioso para ser el sostén de la subjetividad definida de este modo, como mostró la experiencia de los fenómenos de aprendizaje en los organismos unicelulares. Tampoco es por abandonarse a la metáfora que Selye extiende el término ‘agresión’ a las incidencias, aun puramente físico-químicas, a las que responden las reacciones humorales y tisulares no específicas de un agente particular –reacciones que él definió con el término ‘síndrome de adaptación’–.<sup>iii</sup>

Para percibirlo, basta apreciar los términos con los que él formula sus ‘conclusiones sobre las relaciones del síndrome de adaptación con la clínica humana’: ‘mientras que ciertas enfermedades (por ejemplo, el síndrome clínico de shock o las ulceraciones gastrointestinales) son sólo signos de lesiones debidas a la ausencia de adaptación, otros (la H.A., la periarteritis nudosa, la nefrosclerosis) son simplemente el resultado de *reacciones adaptativas exageradas al medioambiente*’.

De seguro, para concebirla, una adaptación que pueda tener tales resultados exige una revisión que nos parecería la más económica si se realizase en el sentido de una *contra-agresión*.

Baste indicar, además, que las concepciones del psiquismo llamadas *conductistas* y *gestálticas*, al cambiar el sentido de los supuestos ‘automatismos funcionales’ aislados en experiencias de transección del neuroeje, por ejemplo, hacen caduca su utilización doctrinaria con vistas a una reducción del dominio de la conciencia –si bien, al promover la significación *catastrófica* de las emociones, exigen la *intencionalidad*, que, en nuestra presentación, las especificará como agresivas por oposición a las depresivas, por ejemplo–.

A nuestro juicio, esa exigencia parece ser desconocida por las inferencias que se han podido obtener en los Estados Unidos de las correlaciones entre la morbilidad social de la H.A. y las fases de crisis económicas –correlaciones inscritas, con todo, en las tablas de los actuarios, cuya objetividad nos es garantizada suficientemente por su incidencia en los balances de las compañías de seguros–.

En esas fases, el eslabón sólo puede ser inferido del dominio de una forma unívoca de emociones si se las subordina a la noción de pasión, lo cual nos conduce al plano de la personalidad, inseparable de su coordinación con la sociedad.

Asimismo, contrariamente a los postulados pseudometódicos de una psicología clásica en busca de sus ‘elementos’, nos parece que es la pasión la que determina la emoción, a la vez que nos ofrece, como muestra bien la simple observación, un objeto más aprehensible y constante. Para comprender este objeto, sólo había que atreverse a dar el paso hacia una psicología verdaderamente concreta, respecto de la cual sorprende ver a tantos médicos desconocer que surgió de su disciplina con el nombre de psicoanálisis.

Si quedan desconcertados por una concepción como la del carácter anal –que, en las raíces de la avaricia, nos revela un mismo modelo reactivo en la retención intestinal, el estancamiento dialéctico y la preservación intencional, coordinándola con la tríada clínica: constipación, minucia, obstinación–, ¿cómo no atribuir a un prejuicio escolar el hecho de que no vean que aquí, como en toda su primera doctrina, Freud refiere el comportamiento a un resorte tan orgánico que le daría su sentido <sup>173</sup>fuerte al término “anatomía”, si, para aplicarlo aún a algún ensayo sobre las pasiones, se lo sacase del desuso en el que cayó desde la época romántica?

A los mismos es necesario hacerles entender que, en las instancias psíquicas que, en la medida de su experiencia, Freud describió con el nombre de *superyó* o *ideal del yo*, hay que reconocer los mismísimos objetos (tan esenciales para el mundo del hombre como el agua y el fuego) a través de los cuales asume las frustraciones que lo condicionan desde aquella [experiencia] (emparentada con su miseria biológica más original) del *destete* –a través de los cuales se identifica, por primera vez al final de la tierna infancia, con el patrón cultural que es exigido por la formación de sus instintos inciertos–. Además, estas formaciones determinan crisis humorales que pueden ser leídas claramente en la clínica por quienes conocen el momento de una y de otra –[crisis] tales como un prurigo que no recidiva o un asma que se extiende hasta la pubertad–.

En esos casos, se trata de verdaderas valencias en las que se expresa el lazo existencial del individuo humano con el grupo. Si son saturadas por las funciones de autoridad y de fiesta de las comunidades tradicionales hasta el extremo de condicionar una dependencia orgánica que materializa, por ejemplo, los hechos de muerte mágica, reconocidos por los etnógrafos, puede decirse que su revelación en nuestra época proviene de su denudación por la disolución de tales funciones en la sociedad moderna, en beneficio de una resistencia más grande de la *homeostasis* individual, pero no sin ciertas incidencias morbíficas que van desde los efectos psíquicos de neurosis que propiciaron su descubrimiento hasta los efectos psicósomáticos que abren a nuestro interés su oquedad sin límites.

Es así –y no por una hipótesis que nos sea propia– que pueden concebirse las paradojas estadísticas que nos muestran que las comunidades china y negra están preservadas en la

sociedad estadounidense (golpeada tan duramente por la letalidad hipertensiva) –y no, por cierto, debido a una inmunidad racial, ya que esta salvaguarda cesa en el norte, donde los negros son capturados por el circuito de explotación económica que caracteriza a esta sociedad–.

Nada sorprende más que la cuasi ausencia del acto suicida en la sociedad islámica revelada por Bonnafous, que, por extenderse hasta el caso de la melancolía, exige una seria ampliación del horizonte psicopatológico en el que la psiquiatría del difunto Delmas pretendía circunscribir esta reacción.<sup>iv</sup>

Asimismo, el nuevo registro psico-sociológico permite concebir la herencia de la H.A. de forma diferente, si es evidente que ella no procede tanto de una distribución mendeliana, sino de la identificación del sujeto con las instancias litigiosas en sus padres, que, según sabemos, determinan la transmisión de las neurosis familiares.

Pero aquí se verá que el determinismo patógeno no se realiza sólo en la transmisión vertical por el linaje, sino también en la interacción horizontal del medio social en el que ésta se mantiene. En una época en la que potentes organizaciones privadas como la Hawthorne Western Electric no consideran carente de beneficio estudiar la morbilidad de su personal especializado al suponer una incidencia orgánica propia de las relaciones de equipo –que, empero, parecen definir las exigencias de eficacia más impersonales–, y en la que toda una profilaxis se compromete con el término de la *area psychiatry* [psiquiatría de área], que centraliza todos los datos humanos de un área tanto social como geográfica, ¿cómo no interrogar a la fisiología de la Plaine Monceau o la de los descendientes del Mayflower?<sup>v</sup>

<sup>174</sup>Las funciones de la acción más deliberada no escapan de vínculos psíquicos profundos, y no es el menor aporte del psicoanálisis al conocimiento del hombre haber mostrado su lugar en la economía orgánica, por cuanto estas funciones son soportadas por lo que define como la *instancia del yo* –es decir, la creencia que se impone al sujeto de ser idéntico a sí mismo, con todas las fijaciones imaginarias que ella implica–.

Con su experiencia constante, el psicoanálisis desmiente la ilusión introspectiva a la que sucumbió toda una psicología todavía clásica y aún garante de una fisiología mitológica

que se disipa con lentitud; en esta teoría, la instancia del yo representa el aparato preformado para integrar, aunque sea con un éxito mitigado, lo que algunos llaman las funciones inferiores.

Lejos de ser así, esta instancia –cuyo poder de desconocimiento es demostrado ante todo por una experiencia constante– se origina en una identificación con un objeto funcional que es tan externo a todas las tendencias en devenir como su imagen a Narciso –tan deletéreo en este caso para el ser, si no supera esa alienación sino mediante resoluciones sucesivas hacia una reducción que, además, es imposible de acabar–.

El autor de estas líneas se esforzó en demostrar el papel salutífero que esa alienación primordial cumple con su función mediadora entre la discordancia original de ese organismo que viene al mundo prematuramente que es el hombrecito y su proyección subjetiva en el triunfo de los otros. Pero, en el último Congreso psicoanalítico de Bruselas, también mostró que ese viraje dramático desarrolla una intencionalidad que, puede decirse, literalmente, le es coextensiva, ya que determina los vectores de origen corporal del espacio vivido.<sup>vi</sup> Es precisamente la intención agresiva, que es desarrollada por la simpatía celosa por el semejante, y que es ejemplificada por la imagen lapidaria que el estilo agustiniano da de una observación común, cuando nos muestra a ‘ese niño que todavía no hablaba y que veía, todo pálido y con un rostro descompuesto, a su hermano de leche’.<sup>vii</sup> Aquí de nuevo se restituye el sentido que anuda la impresión orgánica que será la matriz del *yo* a la *reacción pálida*, cuya diferencia con la demostración colérica hace sentir la densidad existencial de la pasión y *resitúa la emoción en su función expresiva*. Porque puede considerarse que la agresión en sí guarda una relación con la agresividad que nos parece al menos tan fecunda de profundizar como la relación que la adaptación mantiene con la adaptabilidad en los trabajos de Gause.<sup>viii</sup>

Ahora bien, según la teoría, esa agresividad tiene que ser inferida de nuevo en cada fase de identificación narcisista, que reaparece para mediar entre una crisis de frustración y una identificación sublimadora, escandiendo el intervalo entre cada una de las metamorfosis instintivas del desarrollo –o sea, para el varón, el destete, el Edipo, la pubertad, la madurez viril y la premenopausia–. Por lo tanto, los dos años, ocho años, dieciocho años y treinta y

cinco años deberían –teniendo en cuenta un tiempo de precipitación lesional– corresponder a los puntos máximos de las curvas en campanas en las que se manifestarían grupos psicogénicos de etapas diferentes de la H.A. de los jóvenes. En efecto, parece que realmente es así.

Pero la teoría puede someterse a la prueba de otras correlaciones numerosas. La neurosis obsesiva es eminentemente una formación defensiva contra las tensiones agresivas. Serían reveladores los casos, de cuya existencia damos fe, en los que aparece en el sujeto una H.A. maligna. Es con esta mentalidad que debería estudiarse la inversión psíquica de la sexualidad cuando <sup>175</sup>está ligada, en particular en la mujer, a la identificación con un “doble viril” cuya acción letal nos parece especialmente virulenta. Podemos señalar, en un caso, la correlación de un espasmo arterial –de incidencia grave, ya que era retiniano– con el punto biográfico en el que convergía del modo más indudable el derrotero de todos los conflictos constitutivos del sujeto.

Igualmente, la inmersión de la agresividad narcisista en la ambivalencia de la relación materna explicaría la menor gravedad relativa de la H.A. climatérica en la mujer en comparación con las formas malignas de la premenopausia en el hombre, que siempre es correlativa de cierta reversión de las tendencias.

Por el contrario, el lugar que hemos dado a las fantasías de *cuerpo fragmentado* entre los determinantes originales del estadio narcisista –una tesis que coincide con el análisis de los niños tal como lo experimenta lo más cerca posible de la aparición del lenguaje Melanie Klein con la noción de ‘*malos objetos internos*’ (que, según ella imagina, ejercen su nocividad en el interior tanto del cuerpo materno como del cuerpo propio)– nos hace pensar que merecen un examen analítico los casos en los que la H.A. se instala progresivamente en la mujer tras un primer acceso transitorio causado por la extracción de un feto muerto, una basiotripsia o una fragmentación del feto –accidentes que, de acuerdo con las observaciones, en estos casos a menudo recidivan e incluso se repiten en una serie de abortos–.

\* \* \*

Nos parece que nuestra hipótesis tiene el mérito de ser fecunda en preguntas –o, más bien, de darles forma–. El camino que ha tomado toda una medicina más allá del Atlántico bajo la bandera de la psicosomática se perdería en un océano de aprehensiones confusas, si no la guiaran de la forma más segura, a la vez que la más probada, las categorías despejadas por el psicoanálisis. Siempre pueden ser reconducidas al control de la exploración universal.

Al ponerlas a prueba en el plano de las *encuestas de masas*, los estadistas estadounidenses vieron imponerse por su peso y su extensión una noción ante la cual los propios practicantes seguían siendo tímidos.

Sin embargo, por notables que sean los métodos de las matemáticas llamadas *factoriales* para destramar el papel de las variables implicadas en un sistema fenoménico de múltiples registros, no es menos cierto que *es necesario saber qué variables elegir para medirlas*, y el significado de los resultados puede cambiar completamente si se parte de sugerencias teóricas coherentes.

Como vimos, [esas sugerencias] parecen ser exigidas por ciertas indicaciones que ya han sido obtenidas, incluso en datos relativamente brutos. Así es como la morbilidad que nos interesa –dado que muestra distancias muy grandes según grupos que difieren por su estructura cultural– permite, por ejemplo, relegar las incidencias angustiantes propias de la inseguridad social en beneficio de la consideración de un manajo de ideales y hábitos, y de las pasiones que éste favorece, con el estilo emocional que estas pasiones comandan.

Veremos en el ascenso de un ideal de competencia vital y de lucha por la existencia, y en las teorías del utilitarismo –que, con el acento que ponen en el individuo, aíslan al hombre de ciertas comuniones sociales–, los factores responsables de una virulencia patógena <sup>176</sup>que proviene de la instancia del *yo*. Así reconoceríamos el camino abierto en el célebre libro VIII de la *República* y la asimilación platónica de las pasiones del alma y de la ciudad.

Evitando los abusos de nuestro lenguaje político, restituiremos su sentido riguroso al término ‘estado democrático’ tal como Platón lo ve, abierto a la formidable sujeción narcisista de la tiranía. Al releer su texto, uno se sorprende del carácter verdaderamente



psicoanalítico de los tránsitos pasionales que él describe para constituir las fases del proceso de degradación política del que ese estado es el anteúltimo escalón.<sup>ix</sup>

Si unos conocimientos tan antiguos cobran forma científica para nosotros y se ofrecen al control de una experiencia, ¿por qué no reconocer su objeto, tan existente y tan concreto, si no más que el determinismo –que a menudo huye con una fragmentación infinita, que se persigue en los laboratorios de fisiología–, cuando ya este objeto nos orienta a indicaciones de profilaxis social cuya urgencia puede dentro de poco superar nuestra lentitud?”

## Notas del traductor

<sup>i</sup> Walter B. Cannon (1871-1945) fue un fisiólogo estadounidense que propuso la reacción de “*fight or flight*” (“lucha” o “huida”). Ésta es una respuesta fisiológica de descarga general del sistema nervioso simpático ante la percepción de daño, ataque o amenaza a la supervivencia, que prepara a los animales para luchar o escapar. La médula adrenal produce una descarga de hormonas que provoca la secreción de catecolaminas, entre las cuales está la adrenalina, a la que se refiere Lacan. También desarrolló el concepto de homeostasis a partir de la idea de Claude Bernard de medio interior. Popularizó ambos conceptos en su libro de 1932, *La sabiduría del cuerpo*.

<sup>ii</sup> Josep Trueta i Raspall (1897-1977) fue un científico y médico español que se exilió en Inglaterra luego de la Guerra Civil Española, y que, entre otras contribuciones, puso en práctica el método de tratamiento de heridas y fracturas de guerra, y formó parte del equipo que desarrolló la penicilina.

<sup>iii</sup> Hans H. B. Selye (1907-1982) fue un fisiólogo y médico austrohúngaro que desarrolló una teoría sobre la influencia del estrés en la capacidad de las personas para enfrenarse o amoldarse a las consecuencias de lesiones o enfermedades. Descubrió que pacientes con diversas dolencias manifestaban síntomas similares que podían atribuirse a los esfuerzos del organismo para responder al estrés de estar enfermo, y llamó a esta colección de síntomas Síndrome del estrés o Síndrome de Adaptación General. Este síndrome pasó a resumir un conjunto de síntomas psicofisiológicos. Estos trastornos físicos, en suma, no eran causados directamente por su enfermedad.

<sup>iv</sup> Max Bonnafous (1900-1975) fue un sociólogo francés que en 1927 publicó *Le Suicide à Constantinople: Étude statique et essai d'interprétation sociologique*. A. Delmas fue un psiquiatra francés cuyos trabajos son citados por Lacan en la bibliografía de *De la psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad*.

<sup>v</sup> La Plaine-de-Monceaux es un barrio de París caracterizado por sus suntuosos hoteles particulares y un estilo arquitectónico apreciado por la burguesía de la segunda mitad del siglo XIX. El Mayflower es el nombre del barco que, en 1620, transportó desde Inglaterra a los primeros colonos anglosajones que se establecieron en la costa de Massachusetts para formar la colonia de Plymouth.

<sup>vi</sup> Lacan se refiere aquí a su trabajo, “La agresividad en el psicoanálisis”, que fue presentado en el Congreso de psicoanalistas de lengua francesa que se reunió en Bruselas en mayo de 1948, y que fue publicado primero en la *Revue Française de Psychanalyse*, 3, julio-septiembre (1948), pp. 367-88, y luego en *Écrits* (París: Le Seuil, 1966), pp. 101-24.

<sup>vii</sup> El texto francés dice: “*Ce petit enfant qui ne parlait pas encore et qui considérait, tout pâle déjà et d'un visage décomposé, son frère de lait*”. Esta frase de san Agustín (*Confesiones*, Libro I, 7) había sido citada por Lacan también en “La agresividad en el psicoanálisis”: “*Vidi ego et expertus sum zelantem parvulum: nondum loquebatur et intuebatur pallidus amaro aspectu conlactaneum suum*”, y es traducida por él del siguiente modo: “*J'ai vu de mes yeux et j'ai bien connu un tout petit en proie à la jalousie. Il ne parlait pas encore, et déjà il contemplait, tout pâle et d'un regard empoisonné, son frère de lait*”, “Vi con mis ojos y conocí bien a un pequeñín presa de los celos. Aún no hablaba y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada, a su hermano de leche” (*Écrits* 1966, trad. de Agustín Kripper, p. 114). En su versión castellana (Madrid: Gredos, 2010, p. 128), Alfredo Encuentra Ortega la traduce así: “He visto y experimentado los celos de un pequeñín: todavía no hablaba y contemplaba pálido, con amarga mirada, a un hermano de leche”.

<sup>viii</sup> Georgii F. Gause (1910-1986) fue un biólogo ruso que en 1932 postuló el principio de exclusión competitiva, fundamental para la ecología. Según este principio, dos especies con nichos ecológicos similares no pueden coexistir en un equilibrio estable. Esto quiere decir que, cuando dos especies compiten por los mismos requisitos, una será un poco más eficiente que la otra y se reproducirá a un ritmo más rápido. El destino de la especie menos eficiente es la extinción local.

<sup>ix</sup> En una intervención en 1947 sobre un trabajo de Lucien Bonnafé (publicada en *Évolution Psychiatrique*, III (1948): pp. 52-54), Lacan afirmaba que, en una conferencia que dio en la Escuela Normal Superior, “me serví de la referencia a la *República* de Platón. Es tentador decir, acerca del paralelo que hace el filósofo, que los diversos grados por los que pasa un alma que se degrada y los diferentes grados de un estado que se degrada,

---

son homotéticos. Es interesante señalar la importancia que cobran la psiquiatría y el psicoanálisis en los países anglosajones. Aquí tenemos un fenómeno importante para el conocimiento humano. Hay una relación entre la revelación del inconsciente y el estadio social que Platón llama “tiránico”. Estamos en el borde de una pendiente que prelude algo distinto. No cabe duda de que ciertas formas del conocimiento humano parecen cada más vez inquietantes y peligrosas y requieren la intervención del filósofo, del guardián del sentido. Tal vez haya que poner el acento más aún que Bonnafé en la noción de fase social o política y sus relaciones con el personaje del psiquiatra, que en esencia se confunde con el del filósofo, en el sentido activo del término” (Lacan, J., *El primerísimo Lacan*, trad. de Agustín Kripper (Buenos Aires: Non-Liquet, 2016), p. 59).

Asimismo, en “La agresividad en el psicoanálisis”, de 1948, Lacan asevera: “La relativización de nuestra sociología por obra de la recopilación científica de las formas culturales que destruimos en el mundo –y los análisis, marcados por rasgos verdaderamente psicoanalíticos, en los que la sabiduría de Platón nos muestra la dialéctica común a las pasiones del alma y de la ciudad– puede aclararnos la razón de esta barbarie [cf. *República*, Libro IX, 580 ss.]. Es, a saber, para emplear la jerga que corresponde a nuestros enfoques de las necesidades subjetivas del hombre, la ausencia creciente de todas las saturaciones del superyó y del ideal del yo que se realizan en toda clase de formas orgánicas de las sociedades tradicionales, formas que van desde los ritos de la intimidad cotidiana hasta las fiestas periódicas en las que la comunidad se manifiesta. Ya no las conocemos salvo en sus modos más netamente degradados. Es más, por abolir la polaridad cósmica de los principios masculino y femenino, nuestra sociedad experimenta todas las incidencias psicológicas del fenómeno moderno conocido como la ‘lucha de los sexos’. La nuestra es una comunidad inmensa, en el límite entre una anarquía ‘democrática’ de las pasiones y su nivelación desesperada por parte del ‘gran avispón alado’ de la tiranía narcisista. Está claro que la promoción del yo en nuestra existencia lleva, conforme a la concepción utilitarista del hombre que la secunda, a una realización cada vez mayor del hombre como individuo –es decir, en un aislamiento del alma cada vez más emparentado con su desamparo original–” (*Écrits* 1966, trad. de Agustín Kripper, pp. 121-22).